

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA.— Un número suelto un real.



¿Eres tú, hijo mio? preguntó la madre. (Pág 393, col. 3.ª)

SUMARIO.

EL PRÓFUGO, por M. Elias Berthet.
EL AVARO, por E. Conscience.
LORD PALMERSTON.

EL PRÓFUGO,

POR M. ELIAS BERTHET.

(Continuacion.)

— Nuestra conversacion ha durado mas de lo que pensaba y podria acabar en mal... Vos me aborreceis; yo os detesto; el nombre de amigo que me dáis es una burla, y tal vez os arrepintierais de estar mucho rato á mi lado. Así pues, señor Labourot; sigamos cada cual nuestro camino, y haced de modo que no os encuentre otra vez á solas, porque... Pero ya he hablado bastante, y al buen entendedor... ya sabeis lo demás. Buenas tardes!

— ¡Buenas tardes, amigo Bouvet! dijo el gendarme con acento burlon, eres menos necio de lo que pensaba, pero acuérdate tambien de que si algun dia llegas á caer bajo mis uñas, saldrás peor parado de lo que te imaginas.

Y ambos se separaron, siguiendo el uno el camino de Fleury y dirigiéndose el otro hácia la Anadilla.

A pesar de su apariencia tranquila, Leonardo tenia el corazon envenenado por los celos. Se creia seguro de la preferencia de Victoria, mas son tan caprichosas las mujeres! Y por otra parte, Labourot era un buen mozo, tenia palabras de miel y tal vez su jactancia se fundaba en hechos positivos. ¿Qué iba á suceder cuando se hubiese alzado de su pais? A muertos y á idos... dice el refran, y la ausencia es el remedio mas eficaz para curar el amor.

Tan tristes recelos sumieron á Leonardo en una meditacion tan profunda que ni siquiera advirtió que habian espirado los últimos fulgores del crepúsculo y que habia puesto el pié en el umbral de su casa. ¡Qué desgraciado se creia! Y en vano, en vano buscaba un medio para burlar el rigor de su destino.

Al acercarse á su casa, Leonardo no oyó las alegres aclamaciones de sus hermanos que acostumbraban á salir á recibirle, y cuando entró en la cocina ardia en la chimenea un enorme tizon cuya llama subia en espirales. Los niños, sentados en el suelo, con los piés descalzos y los platos de madera en la mano, comian sin quejarse ni reñir, segun su costumbre. Era tan profundo el silencio, que cualquiera hubiese dicho que estaban solos; pero tambien se veian allí, el padre y la madre. Bouvet, vestido con poca diferencia lo

mismo que su hijo, con el rostro oculto por el sombrero morvanés, parecia abismado en tristes reflexiones, y la madre con la cabeza envuelta en su delantal, de vez en cuando exhalaba sollozos ahogados haciendo estremecer á los niños asombrados.

Cuando Leonardo entró únicamente salió á su encuentro el perro que se olvidó por un momento de acariciar á los niños para saludarle con un ladrido amistoso. Y sin embargo, no le recibia así el resto de la familia por indiferencia, porque todas las miradas se volvieron hácia él al instante con ademan de cariño y tristeza.

— ¿Eres tú, hijo mio? preguntó la madre.

— Soy yo, respondió el quinto haciendo un esfuerzo.

Y fué á sentarse en un banco delante de la mesa.

— ¿No cenas? le preguntó Bouvet con voz ronca y alterada despues de un momento de silencio.

— Padre, no tengo apetito esta noche. Pero me parece que tampoco vos ni mi madre habeis comido.

— ¡Comer! exclamó la buena mujer, comer cuando nuestro hijo va á partir, cuando hoy le vemos quizá por última vez! Seria preciso no tener corazon.

Despues, levantándose precipitadamente, corrió hácia su hijo y le abrazó con transporte, exclamando:

—Pobre Leonardo, ¿será cierto que te se van á llevar, que no te veré mas? Tan buen trabajador! un muchacho tan honrado!... Nos han dicho que estabas hoy alegre con tu traje de cantinera; pero han mentido, ¿no es cierto? Tú no puedes alegrarte cuando vas á alejarte de nosotros que te queremos tanto.

—Teneis razon, madre mia, respondió el jóven conmovido; pero ¿qué queréis? Es preciso manifestar alegría para evitar las burlas de los demás aunque el corazon esté lleno de amargura.

—Bien creida estaba de que mi Leonardo no se alegraba de partir. ¡Ah! hijo mio, ¿á dónde van á enviarte? No volveré á verte mas, no! Dices que vas á partir á un país donde no hay una gota de agua y que es preciso llevarla de Francia. ¡Virgen Santísima! ¿qué hijo mas hermoso me arrebatan! Si al menos me lo devolvieran algun dia; pero les roban los hijos á las pobres madres y los matan á tiros, de hambre, de sed y de cansancio! ¿Quién nos ayudará ahora? ¿quién trabajará? ¿quién sostendrá la casa? Tu padre es viejo ya y no puede trabajar, y solo Juanito empieza á servirnos de algo; pero los demás hermanos son muy niños y no nos acarrean mas que gastos. Mientras estabas á nuestro lado, tu trabajo bastaba para mantenernos. Pero ¿cómo lo hará tu padre en adelante? Tendrá que matarse trabajando, y ni aun así... ¡Oh! se le está muy bien, añadió la buena mujer con tono de reproche, si hubiera querido! Te vas por culpa suya, y si no le hubiera dolido tanto su casa y su miserable hacienda...

—¿Qué decís, madre? exclamó Leonardo interrumpiéndola, ya sabéis que me he opuesto siempre que habeis hablado de una venta que os arruinaría.

—Calla, mujer! dijo Bouvet con enojo; si no supiera que el dolor te inspira esas palabras, te diría que eres injusta conmigo. Sí, injusta; me ves consternado con la pérdida de mi hijo, mi único apoyo, ¿y me acusas de cruel y desnaturalizado? ¿Me he negado acaso á vender nuestro campo? Pues bien, si Leonardo consiente, voy en seguida á casa del notario Durand, y le diré que se lo doy todo, la casa, el huerto y el cañamar, con tal que encuentre un sustituto para Leonardo... ¿Qué respondes? ¿Voy á Fleury?

—Tienes razon, dijo Margarita, he sido injusta y te pido perdón. Tu corazon es noble, y ya que estás resuelto, parte sin tardanza... ¿Debemos reflexionar cuando perdemos un hijo como Leonardo?

Bouvet iba á salir, á pesar suyo quizás, porque un pedazo de tierra es tan precioso para el aldeano como su propia vida, cuando Leonardo le detuvo diciéndole con resolucion:

—Gracias, padre, sé que me amais, pero no consentiré nunca en semejante sacrificio... Si accediera seria un holgazan, un mal hijo. ¿En qué pensáis? Vais á perderlo todo por mí! ¿Y vosotros que sois ya viejos? ¿y mis hermanos? No, no; deteneos. No permitiré que os arruineis para librarne del servicio.

—Luego quieréis abandonarnos! exclamó Margarita con dolor.

—¿Qué queréis que haga, madre mia, contra mi suerte? dijo Leonardo con sombría desesperacion. Obedezcamos la voluntad divina!

La cabaña fué entonces teatro de una escena desgarradora. Leonardo pasaba de los brazos de Margarita, cuyos sollozos llegaban al corazon, á los de su padre, cuyo pesar era tan violento, aunque menos ruidoso y expansivo; los niños, sorprendidos en un principio, no tardaron en llorar viendo bañados en lágrimas á sus padres y á su hermano mayor, y pronto se formó un coro de lamentos y sollozos que hubiera enternecido al mismo Labourot.

—Leonardo, dijo por fin Bouvet, apretando los puños, si tú quisieras no irias al ejército! —¿Cómo... explicate! preguntó Margarita que cesó repentinamente de llorar.

—Leonardo y yo conocemos mejor que nadie en el país los bosques del contorno, nuestra casa está en un paraje donde es fácil ocultarse, y se hallarian en esas antiguas ruinas

de San Reveriano albergues... donde nada habria que temerse de los gendarmes... Por otra parte los dos tenemos nuestra escopeta y sabemos manejarla... Sí, Leonardo; si quisieras desafiaria á cualquiera que tratase de prenderte aun cuando lanzasen en tu persecucion la brigada entera.

—El caso es, dijo el quinto pensativo, que no seria fácil prenderme si me decidiera.

—¿Por qué no has de quedarte? exclamó Margarita cuya esperanza reanimó este proyecto; los niños y yo estaríamos de accho, y yo respondo de su silencio... Lo único que no apruebo son las escopetas... esa idea me espanta!

—Pero ¿qué conseguiríamos con eso? añadió Leonardo con abatimiento; reflexionadlo bien, padre, y convenceos de que nuestro plan es inútil. ¿Qué vida se me esperaria! Al fin y al cabo darian con mi escondite, y tarde ó temprano tendria que hacer por fuerza lo que ahora hago voluntariamente.

—¿Es decir que quieres partir? repitió la pobre Margarita con desesperacion.

Leonardo se levantó y dijo á su madre:

—Aun no estoy resuelto... Ahora salgo; cuando vuelva os lo diré.

—¿Cómo! ¿vas á salir á tales horas? preguntó Margarita.

—¿Y no sabes si partirás ó no con los demás? añadió el padre con asombro... ¿Quién puede aconsejarte mejor que nosotros?

Margarita tocó con disimulo el brazo á su marido y dijo en voz baja:

—Deja que nuestro hijo consulte á quien quiera. Tiene edad y juicio suficiente. Por otra parte una querida es como una madre, y tal vez le dé buenos consejos. Tengo confianza; déjale salir. Hay amigos que podrán servirle mas adelante.

Durante este diálogo, Leonardo estaba turbado y se ruborizaba como una niña. Se preparó pues á salir de casa diciendo que pronto estaria de vuelta.

—Te esperaremos, dijo la buena Margarita: no estés muchas horas fuera de casa. Si esta noche ha de ser la última que has de pasar en el país, pásala al menos á nuestro lado.

Leonardo lo prometió lacónicamente y salió. La madre acostó á los niños y volvió al lado del hogar para llorar libremente; el padre, sombrío y abatido y con el rostro oculto en sus largos cabellos, volvió á tomar su ademán meditabundo, y ambos pasaron muchas horas sin despegar los labios.

III.

La hija de Morin.

Leonardo emprendió con rapidez el camino de Fleury que habia seguido con direccion opuesta pocas horas antes. Aunque no habia salido la luna, el cielo estaba claro y resplandeciente de estrellas; pero la tierra yacia cubierta en negras sombras que aumentaban los bosques y matorrales. Reinaba un silencio profundo en la campiña, y apenas una tenue brisa, parecida á un suspiro de la noche, mecia á intervalos la copa de las encinas.

Sin embargo, Leonardo seguía con ligereza el tortuoso camino, cruzó el puente de madera, y se lanzó sin vacilar en las sendas de atajo que habian de conducirlo mas pronto al punto á donde se dirigia. Andaba con presuroso paso como si el aire embalsamado de la noche le hubiera dado nuevas fuerzas refrescando su sangre, y se habian borrado tan repentinamente de su memoria las vivas y dolorosas emociones del dia, que ya no pensaba en que iba á alejarse de su país, de sus amigos y de su familia. Solamente una idea le absorbía en aquel instante, la de que iba á ver á su querida Victoria y á hablar con ella... Hasta olvidaba que iba á despedirse quizás por la vez postrera, pues ya que le esperaban algunos minutos de ventura ¿qué le importaba lo que tras ellos sucediera? Su corazon latía con violencia, agitaba todo su cuerpo un estremecimiento nervioso, su boca estaba seca y abrasada, y devoraba el espacio con la velocidad de un cervatillo que busca á la hembra en las asperezas del monte.

No tardó en llegar á las cercanías de Fleury. En aquella hora avanzada de la noche todos los habitantes estaban entregados ya sin duda á las delicias del sueño, y sin embargo, Leonardo tuvo cuidado de no entrar en la aldea donde se exponia á ser visto por algun transeunte importuno. Tomó por el contrario extremas precauciones para seguir su camino mas furtiva y silenciosamente, y se dirigió cruzando los campos hácia un grupo de árboles situados detrás del cuartel de los gendarmes. Llegó precipitadamente á un espeso cercado de arbustos que rodeaba una especie de huerto perteneciente al cuartel; se paró, y despues de haber escuchado algunos segundos y de asegurarse si podia espiarle alguno, separó dos ramas espinosas y saltó con agilidad dentro del cercado.

Era un recinto inculto, erizado de plantas parásitas, donde algunos nogales que dominaban con sus anchas copas los techos del edificio, producian una oscuridad completa. Los pasos no hacian el menor ruido sobre las altas yerbas, y hubiera sido imposible á la persona dotada de la vista mas perspicaz distinguir en medio de las tinieblas su mismo cuerpo. No obstante, el jóven se arrastró lentamente hácia el cuartel, parándose á cada instante y conteniendo el aliento.

Llegó por fin al último árbol, delante del cual se alzaba una masa blanca y uniforme cuyo color contrastaba en la oscuridad con el sombrío verdor del follaje. Era el cuartel. Leonardo se reclinó en el suelo é imitó el canto del grillo con tal perfeccion, que hubiera engañado al oído mas experto.

El canto de Leonardo no engañó á una persona que velaba sin luz detrás de la ventana del primer piso, y que dijo abriéndola sin hacer ruido:

—¿Sois vos, Leonardo?

—Yo soy, señorita, respondió en voz baja el quinto; ¿me permitís que suba?

—Subid.

El lector creará tal vez que Morin habia exagerado la severidad de principios de su hija siendo así que de tal modo daba citas nocturnas á un amante; pero forzoso será que rectifique su opinion, porque las citas que daba Victoria y que tan dichoso hacian á Leonardo no eran peligrosas para el pudor de la jóven. Apresurémonos pues á decir que luego que Leonardo logró el permiso de subir, invitacion que alarmará sin duda á las personas timoratas, abrazó gozoso el tronco del árbol y subió... á una de sus ramas, desde donde estaba á mas de seis piés de distancia de la ventana de Victoria.

Apenas distinguia desde aquel sitio peligroso el rostro agraciado, los ojos rasgados y altivos y la estatura alta y esbelta de la hermosa hija del gendarme; las manos no podian tocarse y por consiguiente no podia sorprenderse ningun beso furtivo, y por otra parte, con la primera palabra que pronunció Victoria demostró que, aunque fuera posible, se hallaba poco dispuesta á tolerar semejante familiaridad.

—¿Estais ya en el árbol? preguntó con enojo.

—Sí, señorita, respondió Leonardo apartando con precaucion una rama incómoda que entorpecía sus movimientos.

—Gracias á Dios! hace diez minutos que os espero... ¿De este modo agradeceréis las pruebas que os doy de mi cariño?

Leonardo trató de excusarse diciendo que le habia sido imposible separarse bruscamente de su familia en las circunstancias extraordinarias en que se hallaba.

—¿Y no tengo yo tantos derechos como vuestra familia? le preguntó la jóven interrumpiéndole; yo que me comprometo por vos, que...

Iba á decir « que os amo », pero sus labios se resistieron á soltar una confesion. Despues de un instante añadió:

—¿Habeis visto hoy á mi padre?

—Sí, Victoria, y me ha dicho...

—Ya sé lo que os ha dicho; cuando se ha separado de vos, ha venido á contármelo todo.

—¡Ah! Victoria, parecia tan enojado... ¿Os ha tratado con severidad, con dureza tal vez?

—El! mi padre! dijo Victoria sonriendo;

mas de una vez ha intentado reírme, pero al cabo de cinco minutos le he tenido siempre tan manso como un cordero... Confieso sin embargo que al empezar á hablarme tenía hoy un ademán tan severo que me ha extrañado... ¿Estais bien seguro, Leonardo, de no haber hablado de las entrevistas inocentes que de vez en cuando os concedo aquí por la noche?

—¿Qué decís, señorita? respondió el quinto con verdadero terror agitando sobre la rama, si hubiera tenido la desgracia de soltar la expresión mas indirecta sobre estas citas, estoy seguro de que vuestro padre me mataba... No, no; únicamente creo que nos vemos algunas veces de paso en las fiestas de los pueblos ó en las casas de los amigos.

—En ese caso, nada temo... ¡Ah! no sabeis, Leonardo, ni podeis figuraros cuánto pesar y sobresalto me cuesta el conoceros!

—¿Sabeis pues, añadió el jóven despues de un instante de silencio, bajo qué condicion quiere el señor Morin en nuestro enlace? Quiere que me separe de vos, que parta, que sea soldado... Vuestro labio decidirá; si insistís en odiar el uniforme, si estais aun en la creencia, como repetidas veces me habeis dicho, de que la vida de los cuarteles y de las guarniciones hace á los jóvenes brutales y groseros, indignos de una mujer fina y bien educada, trataré de buscar un medio de eximirme de la ley, aunque haya de luchar con el mundo entero... Y sin embargo, estoy seguro de que á cualquiera parte que vaya, será siempre digno de vos!... Si, por el contrario, me mandais que parta, aunque con el corazón desgarrado por el dolor, obedeceré sin quejarme.

Lenguaje tan sumiso, abnegacion tan completa era el medio mas acertado para conmovier el alma despótica de Victoria; Leonardo hablaba con una sencillez y seguridad que no dejaban duda alguna sobre la realidad de su obediencia absoluta, y en verdad que semejante sumision alcanzaba en aquel instante éxito mas feliz que las ruidosas protestas de los amantes de alto tono. Así lo conoció sin duda la señorita Victoria, pues su voz hasta entonces firme y segura, estaba profundamente alterada al responderle.

—Os doy las gracias por vuestra confianza, Leonardo; sé que me amais sinceramente... Tambien á mi me causará mucha afliccion el veros partir, en primer lugar por el temor que sabeis, y además...

Victoria vaciló, pero la pasión venció todos sus escrúpulos de dignidad y coquetería, y añadió derramando copiosas lágrimas:

—Y además... porque ya no os volvería á ver!

Jamás habia demostrado Victoria tanta ternura ni pronunciado palabras tan decisivas. El pobre quinto se estremeció de alegría en la rama é hizo bambolear todo el árbol.

—¡Ah! señorita, añadió Leonardo moderándose penosamente, ¡qué dulcemente me consolais con esas palabras... sois un ángel!

—Silencio! dijo el jóven interrumpiéndole bruscamente.

Creyó haber oido el rumor de una falleba que hacían mover con precaucion debajo de la ventana. Los dos jóvenes permanecieron inmóviles y prestaron oido atento, pero no volvió á oírse el ruido.

—No es nada, dijo Victoria; sin embargo hablad en voz baja, Leonardo. Labourot me espia sin cesar desde que me ví obligada á darle una leccion de respeto. ¡A cuántos peligros me expongo! Pero no podeis figuraros qué infeliz es la mujer que vive en roce continuo con militares. Tengo deseos de salir de una casa donde no hallo un momento de tranquilidad, y las insufribles persecuciones son la verdadera causa del odio invencible que he jurado á los que visten uniforme. Viendo sin cesar en torno mio hombres turbulentos, audaces é incorregibles, aprecio mucho mas á las personas pacíficas y de costumbres mas suaves, y he pensado que únicamente entre estos hallaría un esposo capaz de hacerme feliz... Sin embargo, querido Leonardo, no dejo de conocer que haria mal en sacrificar vuestro reposo á mis antipatías personales; tengo confianza en que durante el servicio no os

contagiareis con los vicios y defectos que me horrorizan, y que continuareis siendo, como me lo prometiais ahora mismo, digno siempre de mí. Así pues, amigo mio, aunque estoy profundamente afligida, mas de lo que podeis imagináros, al pensar que vamos á separarnos, cumplid con vuestro deber, obedeced la ley... Es preciso que partais, yo os lo suplico.

Los sollozos no la dejaron continuar.

—Vos lo quereis, Victoria, dijo el quinto, y obedeceré... Y si no vuelvo mas...

—Estoy segura de que volveréis, dijo el jóven con voz trémula; ¡oh! sí, volveréis.

—Sí, pero despues de siete años de ausencia, y entonces...

—Volvereis antes de siete años, Leonardo; así lo espero al menos... Mi padre era íntimo amigo y compañero en tiempo del imperio de un soldado que actualmente es teniente general y tiene mucha influencia con el ministro de la guerra. Cuando estuvimos en París fuimos á visitarle y nos recibíó como si fuéramos de su propia familia... Luego que vuestra sumision y buena conducta hayan inspirado á mi padre mejor concepto de vos, consentirá fácilmente en escribir al general para pedir que os abonen algunos años de servicio.

—¿Creéis, Victoria, que vuestro padre se tomará tanto interés por mi suerte? A pesar del afecto que me ha manifestado, se dejará indudablemente seducir por las falsas palabras de Labourot cuando yo esté lejos de aquí... Esta noche le he encontrado cerca de Fleury, y está seguro de conseguir su intento, pues me ha hablado de sus pretensiones y su casamiento con un acento de conviccion tan provocativo é insultante...

Los ojos de Victoria chispeaban de indignacion al oír á Leonardo.

—Labourot es un embustero, dijo con enojo; ¿no os he dicho ya que es el hombre que mas odio y desprecio en el mundo? ¿no sabeis que castigué una vez ya su insolencia? Si he vacilado en quejarme á mi padre por un resto de indulgencia, podeis estar cierto de que ese necio no os inspirará mas celos ni temores. Recordad bien lo que voy á deciros, Leonardo; mi padre será libre de negar mi mano al hombre que yo elija, pero nunca llegará á imponerme un marido que me sea odioso.

La jóven hablaba con vehemencia.

—Silencio! dijo Leonardo con terror.

Escucharon reteniendo el aliento; oyóse entonces claramente un ruido de cerrojos en lo interior de la casa, como si se preparasen á abrir la puerta que daba al cercado.

—Nos espian! murmuró Victoria palideciendo á pesar de su firmeza; huid, Leonardo. En nombre del cielo... que no os vean, ó queda perdida mi reputacion! Preferiria morir á que descubriesen el secreto de nuestras entrevistas.

—No temais, señorita, os prometo...

—Huid... huid... ya salen!

La señorita Morin se retiró y cerró la ventana sin hacer ruido. Leonardo se encaramó hasta lo mas espeso del ramaje del nogal y quiso despues bajar, pero era ya imposible, pues acababa de abrirse la puerta del cuartel y aparecieron en el cercado tres gendarmes entre los cuales se distinguia Labourot, pues estaba vestido y armado con el fusil. Los otros dos, medio desnudos y apenas despiertos, parecían menos temibles, pero uno de ellos llevaba en la mano una vela encendida, y la luz era lo que mas temia el pobre Leonardo en trance tan apurado.

Uno de los compañeros de Labourot, que era el de mas edad, maldecia y echaba votos entre dientes, mientras el otro se reía con aire burlón.

—Os repito, señores, dijo Labourot con firmeza, que he oido cuchichear y ruido de pasos en el huerto, y es por consiguiente indudable que alguno se ha introducido aquí saltando el cercado y no con buena intencion... Si quereis ayudarme á buscarle, podremos sacar algo en limpio; si os negais, volvereis á la cama, que yo solo le buscaré.

—Pero ¿quién será el necio que se atreva á dar un golpe de mano en el cuartel? decía el viejó; nada se ve, y el cabo nos pondrá ar-

restados mañana por nuestra torpeza de levantarnos de noche sin su mandato.

—El buen Labourot, decía el otro, estaria soñando que tenia frio en los piés y esto le habrá causado zumbido de oídos.

—¿Y si fuesen ladrones? dijo Labourot con ironía.

—Ladrones! repitió el gendarme burlon prorumpiendo en una estrepitosa carcajada; ladrones en la gendarmería de Fleury! Seria curioso ver á un raton albergándose en las orejas de un gato.

—¿Quién sabe? dijo de pronto el gendarme de mas edad aplicando el oido, ¿y si hubieran venido á robarme las flores?

Es preciso saber que el gendarme habia tenido el capricho, como ciertos pensionistas del cuartel de Inválidos, de formar un jardinito en un ángulo del cercado para divertir sus ratos de ocio, un jardin microscópico de unos cuatro piés de anchura rodeado de una cerca de boj, en el cual se veían un rosal enano, un pequeño plantel de claveles y algunas otras plantas comunes. Aquel rincón de tierra era un Eldorado para el buen gendarme: luego que el servicio le dejaba un momento libre, corria á su jardin; cavaba, limpiaba y podaba con una delicia inexplicable, y se creia el mas afortunado horticultor del universo cuando en premio de su fatiga podia presentarse con pomposo aparato á ofrecer á la hija de su jefe un ramillete compuesto de flores de su jardin.

Luego que el anciano gendarme pensó que tal vez estaba amenazada su propiedad, se dirigió á aquella parte reservada del cercado, y como llevaba la luz, sus compañeros se vieron obligados á seguirle. Desgraciadamente Leonardo habia pasado por el jardin del veterano al dirigirse hácia el nogal, y sus piés habian hecho allí un estrago espantoso; la cerca estaba rota, el rosal en dos pedazos, las flores tronchadas y los tiestos arrojados por el suelo, ofreciendo un espectáculo de devastacion inexplicable.

Al ver tal desastre, el gendarme se encolerizó furiosamente y entonó el mas espantoso kirie de blasfemias que puede proferir boca humana.

—Ladrones! malvados! decía; romper mis flores, pisotear mi rosal, arrancar y despozar mis flores!... Estoy seguro de que ha sido algun infame republicano! Dame tu fusil... Pero no, voy á buscar el mio y la espada. Perseguiremos sin perder un instante al infame, y el primero que caiga entre mis manos...

—No tendremos que ir muy lejos para hallarle, dijo Labourot; hace poco que ha sido roto vuestro rosal y las huellas de los pasos son muy recientes. Apostaria que los bribones están aun en el cercado.

—¿Aquí? dijo el veterano con extraordinario ardor; pagaria cualquiera cosa porque fuera cierto... busquemos al momento.

—Busquemos, dijo el otro gendarme, y si hallamos un ladron, pido que se rellene su piel de paja y se coloquen bajo un cristal en el cuarto del jefe con esta inscripcion: *Cogido en el cuartel de los gendarmes de Fleury*. Será un fenómeno que atraerá muchos curiosos.

Y mientras se chanceaba, imitaba á sus compañeros que inclinados hácia el suelo examinaban las huellas del devastador desconocido y se dirigian en línea recta hácia los nogales.

Llegaron en frente de la ventana de Victoria, y Labourot lanzó hácia aquella parte una mirada investigadora, pero ningun indicio revelaba una complicidad con el paseante nocturno; la ventana estaba cerrada y corridas las cortinas. Sin embargo Labourot seguía mirando y meneaba la cabeza, pues le parecia haber visto vacilar ligeramente la blanca cortina como si alguna persona estuviera oculta detrás en la sombra. Una exclamacion lanzada detrás de él desvió su atencion; el veterano acababa de descubrir al pié de un árbol el sombrero que habia dejado el quinto para encaramarse con mas agilidad.

—Hemos encontrado la huella, dijo el gendarme volviendo de todos lados el sombrero; ¿qué os parece de la prueba del delito?

—Un sembrero! exclamó el burlon, esto



Nos espiaban! Huid, Leonardo. (Pag. 395, col. 2.ª)

demuestra al menos que es un malhechor... porque ninguno de nosotros se cubre la cabeza con tan extraña pirámide.

—Esta prenda es un testimonio irrecusable, dijo Labourot tomando el sombrero acusador, y tal vez me permita conocer al malvado... ¡Cuántos reos han sido descubiertos con menos pruebas!

Pero por mas que los tres gendarmes examinaron el sombrero por todos lados, no lograron sacar por él ningun indicio por el cual se pudiera descubrir al culpable. Era un sombrero igual al que llevaban todos los campesinos jóvenes y viejos á veinte leguas á la redonda; no se veía escrito en el forro el nombre de su dueño ni del sombrerero, y los agentes de la fuerza pública se vieron obligados á convencerse de que era muy insignificante su conquista.

—No perdamos un tiempo precioso, dijo por fin Labourot; lo que más importa es que busquemos al dueño del sombrero. El bribon está aquí, y es forzoso hallarle, voto á cribas! y le hallaremos.

Y continuaron sus minuciosas indagaciones.

Como este diálogo tenia lugar precisamente debajo del nogal donde estaba encaramado Leonardo, este no perdió una palabra. Conocía la gravedad y los peligros de su situación, pero no temía por él sino el comprometer la reputacion de Victoria y deshorrar al pundonoroso Morin. Si hallaban al joven ocultándose durante la noche en el cercado del cuartel de los gendarmes, el menos malicioso creeria haber adivinado fácilmente la verdad, y sabe Dios lo que ocasionaria tal descubrimiento á las personas cuya dicha y tranquilidad le eran tan caras. Era preciso por consiguiente evitar un escándalo, pero ¿cómo? Sus perseguidores habian estado constantemente hasta entonces entre él y la parte del cercado por donde podia retirarse; emplear la fuerza era irrealizable, pues por robusto y osado que fuera Leonardo, no podia razonablemente confiar en librarse de tres soldados acostumbrados á semejantes luchas, y por otra parte iba á ser infaliblemente visto y conocido y el resultado era por consiguiente el mismo. Solo la astucia era posible, y la activa imaginacion de Bouvet se ingeniaba para hallar un medio de salir de tan apurado trance.

Lo que especialmente le incomodaba era la luz que el veterano llevaba con precaucion para alumbrar sus pasos y los de sus compañeros, y ninguna tentativa de fuga podia llevar á cabo hasta que estuviera apagada aquella luz importuna. Por otra parte, de un momento á otro un rayo extraviado iba á descubrir la presencia del pobre amante, á pesar de la espesura del ramaje; varias veces habia levantado Labourot los ojos y los habia tenido fijos en Leonardo con una persistencia peligrosa, de modo que era forzoso tomar cuanto antes un partido.

Mientras el veterano daba vueltas en derredor del árbol donde estaba el quinto y echaba pestes contra el destructor de sus flores, una larga rama, como agitada por el viento, fué á azotar al mismo tiempo el rostro del gendarme y la vela que se apagó.

—Majadero! exclamó Labourot en un impulso de ira.

El gendarme horticultor quedó en un principio aturdido con tan súbita oscuridad, y trataba de averiguar si la habia causado una desgracia casual ó la astucia de un enemigo invisible, cuando la insolente exclamacion de Labourot llamó exclusivamente su atencion.

—¿Quién me ha llamado majadero? exclamó furioso; mil bombas caigan sobre mí! ¿has sido tú, Labourot?

—¿Y es acaso muy razonable dejarse apagar la luz en este momento? Vuelve pronto á encenderla ó el pícaro á quien damos caza se nos irá de entre las manos.

—Si se va, mejor para él, pero tú me has insultado, tú has insultado á un soldado de Marengo y de Austerlitz... y me darás una satisfaccion!

—Cuando gustes, pero ante todo corre á encender la luz.

—¡Ah! me has llamado majadero... Mañana al amanecer nos veremos en la *Estrella Verde*; elijo la espada.

—Corriente... pero la luz... la luz!

—Voy á encenderla, dijo el otro gendarme, entre tanto estad alerta. Vuelvo pronto... luego que encienda un fósforo.

Y se dirigió precipitadamente hácia el cuartel.

La ocasion era favorable y Leonardo no vaciló en probar fortuna. El veterano, exaspe-

rado con el epíteto injurioso por el cual exigía una satisfaccion, no pensaba ya al parecer en el ladron nocturno y seguia echando votos, y solo quedaba Labourot que armado con el fusil escuchaba impasible las provocaciones de su compañero y estaba alerta: pero las tinieblas eran tan profundas que una tentativa audaz tenia esperanzas de buen éxito.

Los dos gendarmes oyeron de pronto ruido de ramas sobre sus cabezas, y la que habia apagado pocos momentos antes la luz se inclinó al mismo tiempo hasta el suelo, descolgándose de su extremo una sombra que se lanzó con rapidez hácia la pared de arbustos que daba al campo. El veterano, como persona lenta y metódica, no se movió en un principio y se contentó con arrojar una exclamacion, pero Labourot empezó á correr detrás del fugitivo, gritando:

—Allí está! el bribon! alerta! trata de burlarse de nosotros!

Leonardo cruzó en tres saltos el cercado, pero al llegar al espeso seto que habia de cruzar sintió un movimiento de turbacion, pues no hallaba la abertura que habia hecho al entrar y que habian obstruido las ramas. Labourot corria en tanto en linea recta, sin respetar el jardín del veterano, siguiendo al joven á quien no protegía ya la sombra de los árboles corpulentos. En tan apurado trance, Bouvet no tuvo otro recurso que arrojarse al suelo y andar á gatas al través de las matas buscando la abertura deseada.

Cuando Labourot vió desaparecer á su adversario se paró un instante para averiguar con mas calma el punto hácia el cual debía dirigirse, y mientras estaba indeciso se movió en frente de él el ramaje del seto y oyó un ruido seco á corta distancia. Leonardo habia hallado por fin la abertura y se deslizaba con esfuerzo entre las ramas.

Labourot conoció que si vacilaba un instante mas el fugitivo iba á salvarse de su persecucion; y apuntando la carabina, disparó guiándose mas bien por el oído que por los ojos.

No se oyó grito alguno, y cuando se desvaneció el humo del tiro, no vió ningun bulto ni llegó á su oído el rumor mas ligero.

Al mismo tiempo abrieron una ventana del primer piso del cuartel y una voz de mujer



¿Aun piensas en ese estúpido que tiene miedo á los árabes y á los leones? (Pág. 398, col. 1.ª)

lanzó gritos desesperados. El gendarme burlon salió entonces con la luz encendida.

— ¿Qué es eso, Labourot? ¿qué sucede? preguntó, ¿á quién has tirado?... Te advierto que has despertado al jefe y que la señorita está cantando en la ventana canciones en el tono del *De profundis*...

— Dame la luz, dijo Labourot con viveza quitándole la vela.

Se dirigió rápidamente hácia el vallado seguido de sus compañeros, pero no hallaron mas huellas del fugitivo que yerbas pisoteadas, ramas rotas y algunas gotas de sangre reciente en el suelo.

— Hola! le toqué en lo vivo, dijo Labourot con satisfacción, aunque probablemente no será en las piernas porque ha huido... Pero ya le hallaremos... es inútil que le sigamos.

Los quintos de Fleury partieron el día siguiente por la mañana á la capital del departamento mandados por el sargento reclutador, y Leonardo Bouvet no se presentó. En vano le buscaron en su casa y en las de sus amigos; había desaparecido y nadie tenía noticia de su paradero. Pasado el plazo concedido por la ley, fué declarado prófugo y se dió orden terminante á los gendarmes de Fleury para que le prendieran donde le encontrasen.

No habiéndose quejado nadie de la herida causada por Labourot, el gendarme pagó su aventura con quince días de arresto que le impuso Morin por haberse servido de su arma sin absoluta necesidad, y recibió además un sablazo del veterano que le quitó media oreja en reparación del epíteto injurioso que recordarán nuestros lectores.

IV.

La visita.

Profundo silencio siguió reinando en Fleury acerca del paradero de Leonardo Bouvet durante el primer mes que trascurrió despues de estos acontecimientos: unos pretendían que se había alejado del país y vivía en el extranjero con un falso nombre, y otros vacilaban en atribuir al pobre quinto la lógica del

difunto Gribouille, sosteniendo que había atentado contra su vida por temor á los peligros de la vida militar. Pero desde aquella época principiaron á circular sordos rumores en el pueblo y sus cercanías. Un leñador contaba á cualquiera que le pagaba un vaso de vino que al recorrer una mañana el bosque inmediato había conocido perfectamente á Leonardo que cruzaba por un sendero, pálido, flaco, parecido á un espectro, con el vestido convertido en girones y con un aspecto que revelaba el sufrimiento y las mas duras privaciones. Advertíase por otra parte un notable cambio en los hábitos de la familia de Bouvet; todo eran idas y venidas incansables en derredor de la casa aislada de las orillas del Loira; el padre, la madre y los niños tenían un exterior inquieto y receloso; se había visto luz en su casa á las altas horas de la noche, y hasta se creía haber distinguido señales que se dirigían ya á una persona puesta en el bosque que coronaba los collados cercanos, ya hácia el rio que surcaban sin cesar barcos ó almadias. De todo esto se deducía en conclusion que el quinto estaba indudablemente escondido en las cercanías y que su familia le asistía en su albergue.

Morin no permaneció impasible cuando llegaron á su noticia estos vagos rumores, que casi siempre son ecos lejanos de la verdad, y recordando el refrán de que cuando el rio suena agua lleva, dispuso varias batidas en los parajes donde Leonardo había podido buscar un asilo, y se hicieron pesquisas en la casa de sus padres á quienes se sometió á un severo interrogatorio; pero á las preguntas que se les dirigieron, la madre respondió únicamente con quejas y sollozos, el padre con sombrías amenazas y los niños con un tenaz y estúpido *no sé nada* que era para ellos un santo y seña riguroso. Se organizó una activa vigilancia de día y de noche en las cercanías de la Anadilla, pero sin ningun resultado.

Muchas personas del país atribuyeron el mal éxito de la fuerza pública de Fleury á la amistad que Morin había manifestado públicamente á Leonardo en distintas ocasiones y especialmente el día del paseo militar de los quintos del pueblo, pues les parecía imposible que el prófugo hubiera llegado á librarse

de las incesantes pesquisas de que era objeto á no mediar una especie de complicidad por parte del jefe de los gendarmes. Sin embargo, esta opinion era una verdadera calumnia. A pesar de la benevolencia que Morin había tenido con Leonardo, el gendarme era incapaz de faltar por ningun concepto á sus deberes; por otra parte estaba indignado del poco caso que el jóven había hecho de sus afectuosos y prudentes consejos; se arrepentía de haber honrado con su afecto á un pilluelo de aldea, incapaz de apreciar un buen aviso y una conducta franca y leal, y finalmente, á medida que veía frustradas sus tentativas para apoderarse del quinto, el amor propio de su profesion aumentaba su vigilancia, adivinando que sus subordinados ó las gentes del país, que tenían una idea vaga de sus proyectos respecto á Leonardo, le acusaban de tibieza, y hacia esfuerzos de actividad para demostrar que no merecía tan bajas sospechas.

Creíase especialmente que Victoria, cuya influencia sobre su padre era tan notoria, había conseguido conmoverle en favor del pobre fugitivo; pero en este punto, lo mismo que en otros muchos, estaba tambien en un error la opinion pública. Las relaciones de la hija y del padre habían sufrido en efecto tristes modificaciones hacia algun tiempo; ya no se les veía pasear juntos por la plaza mayor del pueblo, ella adornada con su graciosa gorra y su delantal de seda, y él ostentando con orgullo su hermoso uniforme; Victoria, tan alegre y altiva en otro tiempo, parecía triste y enferma; ya no trabajaba en la ventana de su cuarto ni entonaba desde la mañana á la tarde alegres canciones, y sus ojos estaban con frecuencia encarnados y como cansados de llorar; el mismo Morin no tenía con su hija aquellas atenciones y cuidados que rayaban un día en pueriles, y al ver su gravedad, se hubiera dicho que su cariño se había trocado repentinamente en frialdad é indiferencia.

Tan triste cambio se manifestó á consecuencia de la explicacion que medió entre el padre y la hija despues de la fuga de Leonardo. Cuando se principió á hablar de las apariciones del quinto en las cercanías del pueblo, Victoria se atrevió á implorar timidamente, despues de vacilar mucho tiempo, la indulgencia de su padre para un antiguo amigo;

pero á las primeras palabras que dijo, Morin la interrumpió con cólera.

—¿Cómo! le dijo, ¿aun piensas en ese estúpido que tiene miedo á los árabes y á los leones? ¿No te avergüenzas hasta de pronunciar su nombre? Un imbécil que se niega á escuchar la razon y prefiere divagar por los bosques sin pan ni abrigo á cumplir como debia su tiempo en el servicio militar, no merece la amistad de ninguna persona honrada. El picaro es listo y nos ha hecho perder mas de una noche, pero confío en que me las pagará todas de una vez. No obstante, es muy natural que te intereses por él cuando tú has sido sin duda la que le aconsejaste.

—Padre, ós juro que por el contrario...

—Pues bien, en ese caso ya ves como ha seguido tus consejos... En almas tan bajas la cobardía ahoga todos los demás sentimientos.

—Pero ¿no podria tener ese desgraciado jóven, dijo Victoria con turbacion, alguna otra razon que la cobardía para diferir su partida? ¿Por qué le juzgais tan mal vos que le amabais tanto antes? ¿Por qué no podria exponer por excusa un motivo honroso?

—Si tuviera una excusa honrosa ¿no se apresuraria á darla?

—¿Y si no puede? ¿y si le obligan á callar intereses para él sagrados? ¡Ah! padre mio, continuó la jóven cuya voz se alteró y cuyos ojos se bañaron en lágrimas, ya sabeis...

Victoria calló aterrándose al pensar en la confesion que iba á hacer, y Morin le dirigió una mirada penetrante.

—¿Cáspita! Victoria, ¿qué tienes que decirme? ¿Qué gran secreto es ese que parece abrumarte el corazon? ¿Habrá alguna connivencia entre un hombre á quien estoy obligado á perseguir por desobediencia á la ley y mi propia hija? Expílicate; te lo mando!

Si Victoria abrigaba alguna esperanza, la severidad intempestiva de su padre la ahogó bruscamente. Su orgullo se rebeló contra una palabra tan imperiosa á que no estaba acostumbrada, y levantando la cabeza, dijo con voz firme:

—Nada sé, padre... Reflexionad tan solo que algun dia os arrepentireis tal vez de haber tratado con tanto rigor á un desgraciado digno de compasion... Yo no tengo los mismos deberes que vos y no habeis de extrañar por consiguiente que sea mas indulgente.

Victoria se retiró á su cuarto y lloró amargamente.

—¿Qué cabeza! ¡qué cabeza! dijo Morin cuando se vió solo; tiene el mismo carácter que su madre... ¡Era tan tenaz la pobre Catalina! O me engaño ó la picarueta medita alguna cosa en favor de su amante... Bueno!... estaremos sobre aviso... la vigilaremos.

Pero esta resolucion era mas fácil de tomar que de ejecutar; las necesidades del servicio obligaban á Morin á estar constantemente en el campo, y su hija se quedaba indispensablemente libre durante dias enteros. No faltaba sin embargo quien sin ser rogado se encargaba de seguir los pasos á Victoria.

Retirábase una noche Morin á su cuarto despues de un dia de cansancio, cuando vió entrar misteriosamente á Labourot que despues de largos rodeos y precauciones oratorias le anunció que su hija habia hecho aquella misma mañana una visita en la Anadilla donde se habia estado dos horas; pero el gendarme en vez de dar las gracias al observador oficioso, se enojó sobre manera de una accion tan indiscreta.

—Señor Labourot, dijo con el tono seco que usaba únicamente cuando se trataba de asuntos del servicio, es verdad que teneis obligacion de tomar informes por cuenta del gobierno, pero nadie os ha encargado que los tomarais por cuenta de mi familia. Cuando necesite vuestros favores os los pediré, pero hasta que llegue ese caso os dispense de que me los presteis.

Y Labourot se retiró tras esta reprimenda, convencido de que su jefe haria poco caso de sus avisos. Pero no sucedió así; Morin conoció la gravedad de la accion atribuida á su hija y se propuso corroborar por sus propios ojos la verdad de la revelacion de Labourot.

Al disponer una noche (era dos meses despues de la desaparicion de Leonardo) el ser-

vicio del dia siguiente, dijo Morin en presencia de su hija que partiria al amanecer á escoltar el correo con el gendarme que designó, pero á la hora indicada dió su caballo al veterano que partió en su lugar, y él se ocultó en el cuartel cerca de Victoria que le creia de viaje y se consideraba absolutamente libre de sus acciones.

Al salir el sol la jóven estaba ya levantada, y despues de recorrer la casa cantando, mas bien por hábito que por verdadera alegría, bajó á la caballeriza. No viendo el caballo de su padre, no dudó ya que Morin no estuviese en realidad fuera del pueblo con los demás gendarmes, y volvió á subir rápidamente á su cuarto.

En cinco minutos se vistió con sencilla elegancia: llevaba un vestido de tela delgada pero de color oscuro que ella misma se habia cortado y cuya hechura hubiera envidiado mas de una dama de la ciudad, y se cubrió la cabeza con uno de esos graciosos sombreros de paja, adoptados por el bello sexo del Morvan y que mas bien son un adorno que un abrigo. Con su sencillo vestido, sus zapatos de tela y un modesto pañuelo negro, Victoria Morin tenia un exterior medio lugareño, medio cortesano, que añadia á su hermosura, naturalmente severa, un carácter animado y provocativo. Finalmente, se colgó del brazo una linda cestita de mimbres de color, como para servirle de excusa, bajó la escalera con sigilo y cruzó por la plaza con paso furtivo para tomar el camino de la Anadilla.

Su padre se preparó á seguirla cuando volvió la esquina de la última casa de Fleury, y sin mudarse su traje de casa ni tomar arma alguna, bajó tambien la escalera, cerró la puerta del cuartel y se puso en camino en la misma direccion.

El sol empezaba á salir por entre las nieblas de la mañana y anunciaba uno de los dias mas calurosos de la estacion. Era además entonces la época de la siega y la campiña estaba llena de gentes que iban á continuar sus faenas, de modo que no era extraño que una jóven se pasease por las cercanias del pueblo. Por otra parte todos estaban acostumbrados á ver á Victoria salir y entrar en Fleury con independencia, todo el mundo la conocia, y la autoridad de su padre imponia respeto á los mas osados así como su exterior resuelto y activo. De modo que todos la saludaron amistosamente al pasar, y cuando despues de haberla saludado los transeuntes encontraban cien pasos mas atrás en el sinuoso camino al mismo Morin, se alegraban de no haber traspasado los límites del respeto.

Morin hubiera alcanzado fácilmente á su hija, pero le contenia una duda. El paseo de Victoria podia no tener el objeto que suponía; en la falda de la colina se alzaba una pequeña quinta habitada por un anciano y su esposa, Filemon y Baucis morvaneses, á donde iba con frecuencia Victoria á comer fresas y nata, y tal vez era este el único objeto de la excursion de su hija, en cuyo caso el gendarme temia manifestar ofensivas sospechas. Para averiguar la verdad y conociendo que acercándose mucho podia ser visto pronto, se paró en una altura desde la cual se veia el sitio donde el camino se dividia en dos sendas, una que conducia á la quinta y otra á la casa de Bouvet. Cuando Victoria llegó á aquel punto volvió resueltamente la espalda á la quinta, y cruzando el puente de que tienen noticia nuestros lectores, continuó su marcha hácia la casa aislada de las orillas del Loira.

—¿Cáspita! dijo Morin mordiéndose el bigote, no me habian engañado... va á esa maldita Anadilla. Necia! ¡cómo me compromete! Pero voy á alcanzarla y á impedir al menos por hoy que cometa una imprudencia.

Y apresuró el paso, con la resolucion de alcanzar á su hija; pero Morin no habia contado con que Victoria tambien se apresuraria cuando no se viese perseguida por las miradas de los transeuntes, de suerte que cuando llegó bañado en sudor al puente rústico, su hija habia cruzado ya la estrecha senda que se prolongaba por el lado opuesto del arroyo. Repugnaba sobre manera al honrado Morin entrar en casa del prófugo con objeto diferente del que le exigia su cargo, pero se dirigió

rápidamente hácia la casa, seguro de que allí tan solo hallaria á su hija.

Pero de nada le sirvió en esta ocasion su actividad, pues cuando estuvo á la vista de la Anadilla ya no estaba en ella Victoria. Habia pasado adelante y se alejaba por otro lado con una mujer envuelta en una toca, en la cual creyó Morin reconocer á Margarita Bouvet, la madre de Leonardo. Las dos se encaminaron rápidamente al bosque que en aquel paraje bajaba hasta el rio y pronto desaparecieron entre los matorrales.

(Se continuará.)

EL AVARO.

POR E. CONSCIENCE.

(Continuacion.)

IV.

Al dia siguiente, por la tarde, brillaba el sol en el cielo tan puro como en la vispera, pero como declinaba ya hácia su ocaso, deramaba solamente una luz muy débil.

La nieve, privada de los deslumbradores rayos del astro del dia, estaba sin brillo y sin vida; las aves mas fieles al invierno habian buscado un refugio contra el frio de la cercana noche, reinando melancólico-silencio en la adormecida naturaleza.

Nada se oia tampoco en la granja de la Capilla, ni voces humanas, ni ruidos, ecos del trabajo. Si de tiempo en tiempo la vaca no hubiese mugido en el establo, se hubiera podido creer que no habia ni siquiera un sér viviente en aquellos lugares.

Juanita estaba sentada delante de un torno de hilar, junto á la marmita de las vacas. Indudablemente su espíritu se hallaba cautivo por una viva preocupación, pues el hilo se quebraba muy á menudo en su mano, ó en su distraccion colocaba el pié de lado y continuaba hilando, á pesar de que el torno no daba ya vueltas.

Su mirada fija en el reloj parecia contar los golpes del péndulo, y con frecuencia contemplaba las agujas, demasiado lentas por lo que ella deseaba, con una expresion de impaciente cólera, como si hubiese dependido del reloj el acelerar su curso.

De repente un acontecimiento imprevisto la sacó de su distraccion; la marmita, que tenia debajo un fuego demasiado vivo, rebosó, y el agua cayó á torrentes en el hogar.

—Y bien! Juanita, exclamó la madre Ana que desde el fondo del establo corrió al ruido, pronto dejarás que te caiga encima el agua hirviente sin que lo adviertas. Hija mia, hija mia, no comprendo porque estás tan meditabunda desde la última fiesta mayor.

La jóven pareció turbada y confusa.

—Vamos, vamos, madre, contestó con precipitacion, llevemos la marmita á la caballeriza. Luego me llegaré en un salto á la aldea á buscar hilo verde para Cecilia que me lo ha pedido.

—Si Cecilia te lo ha pedido, vete en seguida, hija mia; despues seria quizá demasiado tarde.

Hablando así llevaron la marmita á la caballeriza.

Juanita volvió sola al aposento; echó una mirada al reloj llena de satisfaccion, y traspasó precipitadamente la puerta, comprimiendo con gran dificultad un grito de alegría.

Cuando estuvo á alguna distancia en el camino, y despues de haber vuelto dos ó tres veces la cabeza hácia la granja, echóse á reír á carcajadas y dijo para sí:

—¡Ah! ¡ah! la madre! ¡Qué ojos abrirá dentro de poco! Entonces sabrá porque he dejado rebosar el agua de la marmita.

Al mismo tiempo se puso á brincar y á correr con tanta viveza que la nieve saltaba en copos debajo de sus piés.

Aun no habia divisado la aldea, cuando oyó detrás del bosquecillo de abetos, el relincho de un caballo.

—¡Ah!, hélos ahí! exclamó con alegría. Nuestro Bles (1) está contento de llegar á casa; pero si el pobre animal supiese algo del asunto, sería capaz de tomar el galope.

En seguida vió aparecer á lo lejos en el recodo del bosque á su hermano con su carro. Y no pudiendo hacerse oír á causa de la distancia que la separaba del jóven, se puso á gritar con todas sus fuerzas, echando á correr mas aprisa aun que antes:

—Bartolomé! Bartolomé! ¿Lo tienes? ¿Tienes el pañuelo?

Sin duda comprendió el jóven campesino los gestos de su hermana, pues se levantó encima del carro y echó su gorro al aire, el que cayendo á algunos pasos de distancia le obligó á detener el caballo para ir á recogerlo.

Entre tanto llegó Juanita corriendo y bañada en sudor.

—Y bien! Bartolomé, exclamó, ¿tienes el pañuelo?

—Juanita! Juanita! contestó con gozosa exaltación, soy completamente feliz! Figúrate si hay motivo para ello; el señor á quien debia entregar los aros, —el cual es confitero, — me ha preguntado porqué tenia el semblante tan risueño cuando él me pagaba.

—Sí, Bartolomé, repuso la jóven pateando de impaciencia en la nieve, está bien; pero ¿tienes el pañuelo?

—Ciertamente que lo tengo; pero préstame un poco de atención, continuó el jóven. He hablado con aquel señor de mi madre y de su fiesta.

—Déjame ver, Bartolomé, déjame ver!

—Y ¿sabes lo que ha dicho el señor, Juanita? ha dicho que él queria hacer tambien un regalo á la madre!

—¿De veras? Dios mio, ¿qué ventura!

—Sí, y me ha dado trabajo para todo el invierno.

—Y ¿es ese el regalo para la madre?

—No, Juanita; ha deslizado en mi mano una hermosa pieza de cinco francos nuevecita flamante, y me ha dicho que debia añadirla al precio del pañuelo para poderlo comprar mejor.

—Cinco francos! ¿cuánto cuesta el pañuelo?

—Ocho y medio, Juanita, ocho y medio francos!

—Dios me asista! Querido Bartolomé, habia con eso para pasar la casa un mes entero. ¿Me lo dejas ver pues?

—Sí, pero antes tengo que decirte otra cosa. Aquel señor me ha conducido en seguida á su casa, en donde habia un número considerable de jarros de cobre, —á corta diferencia como los cántaros para leche (2), —creo que habrá mil, y todos aquellos jarros estaban llenos, enteramente llenos de dulce!

—Mil cántaros llenos de dulce! exclamó la jóven levantando las manos al cielo. Pero, Bartolomé, si esto es cierto, ¿quién come todo aquel dulce?

—Seguramente las gentes ricas, Juanita. Por lo demás el mundo es tan grande! Pero lo mejor del casc es que me ha dado cinco ó seis paquetes de azúcar piedra para la madre: lo hay blanco, amarillo, rojo, moreno, negro, y qué sé yo que mas; en fin de todos los colores!

—Negro!

—Sí, tan negro como la pez. La madre no sabrá nada. ¿Cuánto reiremos! Vamos, ahora en marcha, nuestro Bles empieza á tener frío: voy á enseñarte el pañuelo. Cuidado no lo arugues. A ver tus manos, Juanita!

—¡Oh! acabo de lavar nabos.

Bartolomé subió al carro para tomar el pañuelo, y al verificarlo, continuó:

—Casi se puede decir, querida hermana, que estas cosas no debieran tocarse sin mitones. Ocho y medio francos!

Y bajó del carro con un paquete arrollado con papel, y haciendo gestos misteriosos dirigióse á orillas del camino en donde con precaución de sató el bramante que rodeaba el pa-

quete. Juanita estaba inclinada hácia él; sus grandes ojos brillaban de curiosidad y una sonrisa de gozo se esparcia por su semblante.

Por fin vió el pañuelo! Muda de admiración contemplaba fijamente el abierto paquete.

—Y bien, Juanita, ¿qué te parece? preguntó Bartolomé.

La jóven estuvo un momento sin contestar. De repente empezó á palmotear y á saltar de alegría. Bartolomé siguió su ejemplo... y era cosa de verlos, en su cándida alegría, bailar como niños sobre la nieve.

El caballo volvió la cabeza como si interrogara qué era aquello.

—¡Qué hermoso es! Dios mio, ¿qué hermoso es! exclamó Juanita. ¡Oh! ¡qué contenta se pondrá la madre! Encarnado, azul, amarillo... Eso deslumbra!

Bartolomé con voz llena y sonora que despertó los ecos del bosque de abetos cantó:

Olvidemos el dolor,
Mañana es fiesta mayor!

—¡Oh! Juanita! Juanita!

—¡Oh! Bartolomé! Bartolomé!

—Vamos, sube al carro, es tiempo ya! dijo el jóven.

—Sí, haz correr un poco á Bles!

—No, Juanita, es preciso que nos pongamos antes de acuerdo sobre lo que hemos de hacer.

Ambos subieron al carro y el caballo continuó su camino.

—¿Tienes las flores? preguntó la jóven mirando á su alrededor para ver si estaban en el carro.

—Están ahí debajo en una cesta, con un cántaro de cerveza de cebada, contestó Bartolomé. Olvidaba que tengo una comision de Franz para tí.

—De Franz? para mí? preguntó Juanita con las mejillas encendidas de púdico rubor.

Bartolomé abrió la cesta y sacó unas florecillas muy lindas.

—Toma! dijo, Franz me ha rogado que te las dé.

—¿Qué haré yo con ellas? preguntó pensativa la jóven.

—Hermana, ¿sabes cómo se llaman estas flores? continuó el jóven. Yo lo ignoraba tambien, pero Franz me lo ha dicho. ¡Oh! tienen un hermoso nombre!

—¿Cómo se llaman pues?

—Se llaman: *No me olvides!*

La jóven se volvió bruscamente de espaldas á Bartolomé para ocultar el vivo carmin que inflamaba su semblante. Su hermano la miró un instante riendo preguntándola luego:

—Juanita, ¿está Cecilia con la madre?

—Hoy no la hemos visto todavía en casa, contestó la jóven. He ido al convento para saber la causa de eso, y aquel pícaro de Matias me ha recibido como si hubiese ido á robar algo.

—Y Cecilia ¿no vendrá?

—Sí; vendrá al anochecer, segun ha dicho Matias, pero con una sonrisa... parecia un perro que va á morder.

—Bah! poco nos importa con tal que ella venga. La madre podrá acompañarla en caso de que permanezca mas de lo regular en nuestra compañía. Vamos, hermana, sientate á mi lado encima la cesta, y veamos cómo arreglamos esto.

En seguida tuvo lugar entre los dos un diálogo entremezclado de alegres gestos y palmoteos por parte de la jóven, pero en voz tan baja y misteriosa que ningun viandante hubiera podido coger una palabra.

Al llegar á la puerta de la granja, saltó Juanita del carro, y entró en la casa, mientras Bartolomé desuncia el caballo y lo conducia á la caballeriza. Luego con un sin fin de precauciones trajo el cesto y el paquete.

—¡Ah! buenos dias, madre, exclamó entrando en el aposento. Alérgad la mano que traigo hermoso y buen dinero para vos.

Mientras ponía algunas monedas en la mano de su madre, recorrió el aposento con una mirada, despues de lo cual su semblante se oscureció y tomó una expresion de tristeza.

—¿Crees tal vez, dijo la madre, que no te daré para echar un trago porque la viuda de Juan el albañil debe venir á comer con sus

hijos? No, Bartolomé, no, hijo mio; bebé todos los domingos una pinta, como tienes de costumbre: eres demasiado buen muchacho para privarte de ello.

Bartolomé tomó distraídamente algunos céntimos que le ofrecia la madre, y en tanto que esta iba á depositar el dinero en su dormitorio, aquel se acercó á su hermana y le dijo exhalando un suspiro:

—Cecilia no está aquí.

—Ya no vendrá, dijo la jóven, pues dentro media hora habrá cerrado la noche. Pero mañana se lo contaremos todo. Vamos, súbete arriba y entretiene charlando á la madre, como hemos convenido.

—¿Aguardemos un poco? preguntó Bartolomé.

—¿Aguardar? Entonces no lograremos que madre deje su habitacion.

—Es verdad, dijo el jóven. Me hubiera gustado tanto que Cecilia hubiese estado con nosotros! Vamos, despacha, Juanita, y cuando esté todo arreglado golpea el fuelle con las tenazas.

Juanita corrió á la caballeriza, sacó la cesta, colocó sobre la mesa cinco ó seis platillos en los que vertió el azúcar cande, dispuesto todo junto al pañuelo medio desdoblado, ató las flores al cantarillo de cerveza y puso al lado tres tazas para beberla, pues en la casa no habia vasos.

En seguida golpeó tan fuerte al fuelle con las tenazas que la madre gritó desde arriba:

—He! no rompas nada!

Bartolomé bajó los escalones de cuatro en cuatro seguido de su madre.

Fué un cuadro singular pero interesante el ver los ojos de la madre llena de sorpresa dirigirse de la mesa tan bien adornada á sus risueños hijos, y mirando con aire interrogatorio como para encontrar la explicacion de la presencia de cosas tan hermosas.

—Viva Ana! viva Ana! gritaron Bartolomé y su hermana; y trasportados de alegría se echaron al cuello de su madre, estampando en sus mejillas tiernos y cariñosos besos.

El jóven campesino fué el primero que se desprendió de los brazos de su madre, tomó el pañuelo, lo puso sobre los hombros de esta, y corriendo en busca de un espejo que habia colgado á la pared, exclamó:

—Mirad, madre, mirad, hé ahí nuestro regalo. Ya no volveréis á la iglesia con aquel pañuelo tan lleno de pingajos.

Solo entonces fué cuando comprendió la madre lo que significaba la alegría de sus hijos. Su conmocion le embargó la voz, y sin pronunciar una palabra quedó suspensa mirando fijamente el pañuelo.

Una lágrima se escapó por fin de sus ojos. Estrechó á sus hijos contra su corazon y á su vez les cubrió de besos.

—¡Oh! ¡cuán misericordioso es el Altísimo! murmuró con voz conmovida.

Y mientras contemplaba á su hija aprisionada en sus brazos, corrió Bartolomé á la mesa, llenó de cerveza las tres tazas, y dijo con voz tierna y grave:

—Madre, á vuestra salud! Que podamos vivir largo tiempo con amor y honradez! que pueda yo trabajar para mi buena madre, y que Dios nos bendiga acá en la tierra y mas tarde en el cielo! Viva Ana!

Despues de estas palabras llevó la taza á sus labios, pero detúvose de repente á un grito de su hermana, la cual salió de la casa, diciendo:

—Hé ahí, allá bajo, á Cecilia! ¡Ah! hé ahí á Cecilia!

—Viva! viva! dijo Bartolomé corriendo tras su hermana.

La madre no estuvo sola mas que un instante, pues sus hijos volvieron en seguida con Cecilia.

Pero ¡ay! ¡qué cambio se habia verificado en ellos! Sus semblantes estaban tristes y abatidos, andaban cabizbajos y mirando de cuando en cuando á Cecilia con una curiosidad mezclada de temor.

Cecilia se adelantó silenciosa hasta la mesa, dejóse caer en una silla, y se puso á sollozar y á llorar de un modo tal que los demás, llenos de asombro, la contemplaban temblando.

La madre se acercó la primera á la afligida jóven y tomándole la mano dijo:

(1) Equivalente flamenco del Bayardo tradicional.

(2) La leche en Flandes es conducida en grandes cántaros de cobre.

—¡Dios mio! ¿qué sucede, querida Cecilia? ¿alguna desgracia?

Estas palabras no obtuvieron respuesta. Bartolomé se acercó á su vez á la jóven y exclamó bañado en lágrimas y con acento desgarrador:

—Cecilia! Cecilia!
Sea que este llamamiento salido de un corazón quebrantado hiriese vivamente á la jóven, sea que las lágrimas que habia vertido la hubiesen aliviado, levantó la cabeza y contestó con voz débil:

—¡Oh mis queridos amigos! el dolor me impide hablar. Dejad que llóre un poco mas.

—¡Ah! Cecilia, Cecilia, me hareis morir! exclamó Bartolomé fuera de sí. ¿Qué hay? Por el amor de Dios hablad!

—Juzgad cuán desventurada soy, dijo la jóven, pues nós vemos por última vez!

Una serie de dolorosas exclamaciones contestó á esta inesperada revelacion.

—Ya no puedo volver aquí, prosiguió Cecilia vertiendo un raudal de lágrimas; me está prohibido dirigiros la palabra, y ¡ay de mí! debo obedecer!

—¿No podeis hablarnos? preguntó la viuda con voz asombrada é incrédula. ¿Por qué? Nosotros no hemos hecho mal á nadie.

—¡Ah! no me preguntéis nada, dijo la jóven en tono suplicante, no puedo hablar.

La cólera de Bartolomé estalló: rechinando los dientes y cerrando convulsivamente las manos añadió:

—¡Oh! ya me lo figuraba! Esa serpiente de Matías es el autor de todo!— Veis, soy bondadoso, jamás he hecho daño á nadie, ni siquiera á una rana... pero si ese verdugo cae en mis manos, y no arranco de sus hombros su infernal cabeza, entonces...

(Se continuará.)

LORD PALMERSTON.

Enrique Juan Temple, tercer vizconde de Palmerston, uno de los primeros hombres de Estado contemporáneos, nació el 20 de octubre de 1784 en Broadlands (condado de Southampton). Descendiente de la rama segunda de una casa ilustre, cuenta entre sus antepasados á sir William Temple, el famoso embajador de Carlos II, que pertenecía á la nobleza de Irlanda. Lord Palmerston dió durante el curso de sus estudios pruebas muy grandes de su inteligencia; apenas llegó á su mayor edad fué elegido candidato tori para representar la Universidad de Cambridge, en reemplazo de M. Pitt que acababa de fallecer (1806), cuyo honor cupo á su antagonista lord Lansdowne.

Sin embargo, el mismo año fué nombrado diputado por Newport. Mas tarde alcanzó la deseada representacion de Cambridge que conservó hasta 1831, época en la cual sus comitentes lo eliminaron por haber abandonado la antigua política aristocrática. En 1832 fué reelegido por Bletchingley y en 1835 por Tiverton, en el ducado de Devon, en el que se ha mantenido desde entonces sin oposicion.

Consagrado al torismo desde su juventud, lord Palmerston, que á la edad de diez y nueve años habia heredado los títulos y la fortuna de su padre, formó parte en 1807 del consejo del Almirantazgo para entrar en el ministerio en 1809, en el cual conservó por mucho tiempo un puesto secundario á pesar de habersele ofrecido con mucha frecuencia ocasion para obtener la presidencia. Pero lord Palmerston, á quien bastaba su alta reputacion de hombre galante, aspiraba entonces á brillar mas bien en los salones que en la tribuna. Canning que hacia justicia al mérito de lord Palmerston, se quejaba de su indiferencia por los debates, y

mas de una vez se le oyó exclamar cuando se veia acorralado por la oposicion: «¡Ah! si yo hubiese podido arrojar sobre el enemigo mi navio de tres puentes Palmerston!» Este hombre no salió de su apatia hasta que ocurrió la reñida lucha acerca de la emancipacion de los católicos en la que obtuvo grandes triunfos. A consecuencia de un desacuerdo con lord Wellington, que lo habia conservado en el ministerio de la guerra, presentó su dimision (1828), y despues de vacilar algun tiempo se pasó al campo liberal. Desde entonces empezó á gozar de mucho favor entre el público de su país.

La revolucion de julio ocasionó la caída de los toris y lord Palmerston, que los habia combatido con ardor, entró en el ministerio Grey con la cartera de Negocios extranjeros en donde tuvo ocasion de revelar su gran talento. Dando impulso á la política inaugurada por su amigo Canning apoyó la emancipacion de la Bélgica.

Vino despues la cuestion dinástica de Espa-



LORD PALMERSTON.

ña y Portugal. Dos pretendientes apoyados por los soberanos absolutos de Europa disputaban los derechos de dos reinas de menor edad, y lord Palmerston, á pesar de las reclamaciones del partido aristocrático, se declaró á favor de doña Maria y de Isabel II, es decir por la causa de la libertad. Obra suya fué tambien la alianza formada entre Inglaterra, Francia, España y Portugal, por la cual cada una de las potencias contratantes se obligaba á defender las monarquias de la Península contra toda agresion interior ó extranjera. Tanto en España como en Portugal, el ministro de Estado inglés dió siempre un apoyo eficaz al partido constitucional.

En noviembre de 1834 cayó con el ministerio Melbourne que volvió á recuperar el poder en 1835. En este período su conducta fué muy belicosa y aun agresiva. Mientras que por un lado bloqueaba las costas del Brasil en nombre de la humanidad y vigilaba las aguas africanas para la supresion de la trata de negros, cerraba por otro los oidos á las

justas reclamaciones del Canada y reprimia con severidad la insurreccion de 1837. En 1840 dió un grande impulso á la guerra tan injustamente hecha á la China solo por halagar el sentimiento popular. En la cuestion de Oriente (1840) fué donde lord Palmerston manifestó las altas cualidades de hombre de Estado. En vez de apoyar la causa de Mehemet-Ali y de debilitar el imperio Otomano, lo que debia abrir mas tarde el camino de Constantinopla á la Rusia, supo atraer á ésta á sus miras así como al Austria y á la Turquía; y si no pudo alcanzar lo mismo de la Francia, hizo sin embargo firmar en Londres el famoso tratado de la cuádruple alianza (julio de 1840). La exclusion de la Francia en dicho tratado habria producido una guerra europea si M. Thiers, temiendo el lanzarse á ella, no hubiese cedido tres meses despues el poder á M. Guizot. Lord Palmerston precipitó los acontecimientos: Mehemet-Ali tuvo que suspender su marcha triunfante, se vió obligado á restituir la Siria y á entrar otra vez bajo el dominio del Sultan. La opinion pública de Inglaterra al ver humillada la Francia y la influencia inglesa mas que nunca asegurada en Oriente, hizo un ídolo de su ministro de Estado.

Desde 1841 á 1846 lord Palmerston dejó y volvió á ocupar diferentes veces el poder. En este año rompió con Luis Felipe á causa de las bodas españolas y se indispuso con el Austria por la ocupacion de Cracovia por esta nacion (1847). Intervino en seguida en los asuntos de Suiza, apoyó la sublevacion de Sicilia, que abandonó despues al furor del rey de Nápoles, y se hizo dar una indemnizacion por las pérdidas que el bombardeo de Messina habia ocasionado á los súbditos británicos.

La revolucion de febrero que conmovió á todos los troncos de Europa afirmó mas al partido whig en el poder. Lord Palmerston supo hacer necesaria en todas partes la mediacion de la Gran Bretaña declarándose al mismo tiempo el amigo de los pueblos y el protector de los reyes. Reconoció la república francesa, apoyó la revolucion en Viena y en Berlin, sostuvo al rey Leopoldo contra los republicanos belgas, aplaudió las reformas de Pio IX y no se opuso á los proyectos de conquista de Carlos Alberto.

La expedicion de los franceses á Roma en 1849 fué un golpe grande para su política el cual quiso reparar oponiéndose á los progresos de la reaccion europea. Su política fué despues indecisa en las demás cuestiones que surgieron en Europa. Lord Palmerston habia disgustado á todos los gabinetes del continente y temió el verse tan aislado. En 1851 se apresuró á apoyar el golpe de Estado del 2 de diciembre sin consultarlo con sus colegas y esto provocó una crisis ministerial que terminó con la subida al poder de un ministerio Granville.

Lord Palmerston se ha hecho siempre notable desde entonces acá, ya en la oposicion, ya volviendo al poder que ocupa hoy como primer ministro.

A pesar de los ataques de que ha sido objeto, no por eso este hombre eminente deja de ser una de las figuras mas notables de la Inglaterra moderna, y nadie puede negarle un gran conocimiento de los hombres y de las cosas, y quizá no hay otro que le aventaje en energia y en disposicion para llevar á cabo las grandes combinaciones que pueden contribuir á la gloria de su país.

Lord Palmerston se casó en 1839 con lady Cowper, hija del conde Melbourne, y hasta hoy no ha tenido ningun hijo.

Por todo lo que antecede. F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIABLO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.